

EL INDOEUROPEO Y SU RELACIÓN CON EL ESTUDIO DIACRÓNICO DEL ESPAÑOL

Eduardo José Jacinto García

Universidad de Jaén

Introducción

Como todos saben, hubo una época en que la lingüística indoeuropea representó uno de los modelos más avanzados dentro del conjunto de disciplinas que estudian el lenguaje. Muchos de los grandes lingüistas del siglo XIX y de la primera mitad del XX, como Saussure, Humboldt, Meillet, Benveniste o Martinet, centraron buena parte de sus investigaciones en la reconstrucción de esa lengua prehistórica que hoy conocemos con el nombre de *indoeuropeo*. Sus importantes hallazgos permitieron no solo aclarar los mecanismos que seguían en su evolución las antiguas lenguas indoeuropeas, sino también el avance de otras ramas de la lingüística, como por ejemplo el estructuralismo. Ferdinand de Saussure, fundador de la lingüística moderna, fue en sus comienzos un neogramático. A él le debemos la primera formulación de la teoría de los coeficientes sonánticos del indoeuropeo (Saussure, 1876), que solo sería confirmada años después, con el descubrimiento del hetita¹. Sin estos primeros pasos como indoeuropeista, Saussure tal vez no hubiera concebido las ideas que más tarde se plasmarían en esa gran obra que es el *Curso de lingüística general*. Quizá tampoco Trubetzkoy hubiera desarrollado la moderna disciplina de la fonología sin los exhaustivos estudios fonéticos de los neogramáticos. Fue esta escuela la que desarrolló a partir de los años setenta del siglo XIX una serie de leyes fonéticas, que sirvieron de modelo al primer romanista, Federico Diez, que más tarde inspiraría a Menéndez Pidal para estudiar diacrónicamente y mediante la aplicación de leyes fonéticas la lengua española².

La herencia de los estudios clásicos de indoeuropeo es, como acabamos de apreciar, abundante y rica. Sin embargo, resulta innegable que en las últimas décadas la lingüística indoeuropea ha entrado en una profunda crisis. Esto no se debe a que hayan dejado de aparecer nuevas obras relacionadas con el tema. Hoy se publican monografías y estudios mucho mejor fundamentados que aquellos libros decimonónicos que representaron la edad de oro de la disciplina. Parece que en la actualidad hay un número cada vez mayor de estudiosos que opinan que la indogermanística es una disciplina anticuada que ya no puede aportar nada nuevo a sus investigaciones. Basta con echar un vistazo a cualquier manual de historia de la lingüística. Lo que se trata en ellos es solo el inicio y el primer desarrollo de los estudios sobre indoeuropeo, como si a lo largo del siglo XX no se hubieran realizado descubrimientos decisivos en este ámbito. Tanto ha cambiado la

¹ Para este descubrimiento profético, Saussure siguió un enfoque estructuralista, al explicar la lengua como un sistema donde todos los elementos están íntimamente relacionados entre sí. De lo contrario, nunca podría haberse explicado el fenómeno de la analogía.

² La influencia de la *Grammatik der romanischen Sprachen* de F. Diez sobre el pensamiento de Menéndez Pidal no se produjo de forma directa, sino a través de Gastón Paris, famoso discípulo del lingüista alemán, autor de la *Grammaire historique de la langue française*.

disciplina de un siglo para otro que la mayor parte de los presupuestos con los que trabajaron los primeros indoeuropeístas han quedado completamente invalidados.

En esta comunicación queremos defender la actualidad de los estudios de indoeuropeo, viendo lo útil que resulta tener nociones de esta secular disciplina para todos aquellos que estudian el lenguaje desde un punto de vista diacrónico, sin olvidar a los historiadores de lengua española. Solo cuando tengamos conciencia de que el indoeuropeo ha dejado de ser patrimonio exclusivo de los que estudian lenguas clásicas, volverá a recobrar el prestigio que tuvo una vez.

En primer lugar haremos un breve repaso de los principales investigadores españoles que se han ocupado del indoeuropeo, y veremos cómo la mayoría de ellos ha aportado su granito de arena al desarrollo de los estudios sobre la historia de nuestra lengua³. En la segunda parte, mucho más práctica, nos detendremos en una serie de fenómenos del español que solo alcanzan una explicación satisfactoria si nos remontamos al período del indoeuropeo, y no al latín, como es corriente hacer.

1. Grandes indoeuropeístas españoles

Las enormes consecuencias que trajo el redescubrimiento del sánscrito apenas tuvieron repercusión en los círculos intelectuales de España. Curiosamente, una de las primeras referencias al incipiente estudio del origen de las lenguas indoeuropeas la encontramos en una obra literaria: las *Cartas desde mi celda*, escritas por Gustavo Adolfo Bécquer en la década los sesenta. En una de ellas Bécquer se mofa de los que estudian por medio de la comparación los orígenes de las lenguas: «A mí me hace gracia observar cómo se afanan los sabios [...], cómo se remontan y se pierden de inducción en inducción, por entre el laberinto de las lenguas caldaicas, sajonas o sánscritas, en busca del origen de las palabras [...]»⁴. Parece que su elevada sensibilidad poética le impidió darse cuenta de las implicaciones que un hecho así podía tener en el campo del conocimiento humano. La opinión de Bécquer es, en todo caso, un claro reflejo del poco entusiasmo que despertó la hipótesis del indoeuropeo en nuestro país. Lo que sí llamó la atención entre los eruditos españoles fue el carácter polémico de dicha hipótesis, que contradecía abiertamente el relato bíblico de la lengua de Adán y la Torre de Babel. Un primer golpe que hizo tambalear los cimientos de estas creencias tradicionales fue la teoría evolucionista de Darwin. Bajo la influencia de esta, y de forma paralela, se desarrolló en el plano lingüístico una hipótesis no menos revolucionaria: la reconstrucción de una lengua primigenia diferente del hebreo.

Muy pocos españoles tenían por entonces conocimientos de sánscrito. Uno de ellos era Francisco de Paula Canalejas, político, que en 1869 ingresó en la Real Academia de la Lengua Española. Su discurso de recepción llevaba por título «Leyes que presiden la lenta y constante sucesión de los idiomas en la historia indo-europea». Este discurso, excesivamente retórico y vacío, revela, sin embargo, que su autor no sabía mucho sobre el tema. Afortunadamente, la década de los setenta va a conocer un auténtico florecimiento de los estudios de lingüística

³ Para hablar de los primeros españoles que estudiaron indoeuropeo me he servido en gran parte del interesante artículo de Álvarez Pedrosa (1994: 49-67).

⁴ Bécquer, 1993: 141-142.

indoeuropea de manos de la única persona que merece el nombre de indoeuropeísta e indólogo en nuestro país antes de 1930: Francisco García Ayuso.

Este hombre polifacético vivió dos años en Munich (1868-1870), y esto le permitió conocer de primera mano las más recientes y avanzadas teorías que por entonces se gestaban sobre indoeuropeo. Su primer libro, *Estudio de la filología en relación con el sánscrito*, dedicado a Juan Valera, es mitad polémica, mitad divulgación de alto nivel. Lo esencial de su concepción del cambio lingüístico es que la lengua es reflejo del espíritu de los pueblos: a otras necesidades espirituales, otra lengua. García Ayuso explicaba el cambio fonético como una búsqueda de la eufonía, y en esto sigue a Franz Bopp. Todavía no conoce la ley fonética tal como fue enunciada por Paul o las propuestas de Brugmann y Osthoff para las consonantes indoeuropeas. Pero a pesar de su indiscutible autoridad, García Ayuso no logró crear escuela como más tarde hizo Antonio Tovar. Terminó ingresando en la Real Academia de la Lengua Española el año 1893, y es llamativo que su discurso ya no versara sobre sánscrito o indoeuropeo, sino sobre la formación de las lenguas románicas, entre ellas el español, en comparación con las lenguas indias. Por ejemplo, una de las coincidencias que se da entre el castellano y el sánscrito es que ambas han palatalizado una parte de las primitivas velares oclusivas, que aún se mantenían intactas en latín. En ese sentido, aunque salvando las distancias, podríamos decir que el español es una lengua *satem*, sobre todo en su modalidad seseante, porque en este tipo de lenguas las velares han evolucionado hasta convertirse en sibilantes. Además, García Ayuso niega rotundamente que el vasco fuera de origen indoeuropeo, contradiciendo así una opinión que por entonces se creía como absolutamente cierta. A su muerte, la lingüística indoeuropea *splo* tiene en España un cultivador más o menos perseverante, José Alemany Bolufer, que ya no representa ningún avance sobre la generación precedente. Tan solo lo destacamos aquí porque también él acabó alternando su interés por el indoeuropeo con el estudio de su lengua materna. Desde que ingresa en la Real Academia de la Lengua, se dedica principalmente a la dialectología hispánica, y en 1911, poco después de que Menéndez Pidal sacara a la luz la *Gramática histórica del español* (1904), publica su *Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana*.

Aunque los comienzos de la disciplina indoeuropea en España son bastante pobres, es interesante resaltar que los que la cultivaron por primera vez supieron aprovechar las importantes aportaciones que venían de Europa para renovar así el interés por el estudio diacrónico de la lengua española.

En el siglo XX cambia bastante la situación de nuestro país en relación a la disciplina del indoeuropeo, pues ahora podemos decir que España está a la altura de países donde la tradición ha pesado tanto como Alemania, y de otros que ocupan hoy un lugar muy destacado, como son los Estados Unidos y Rusia. El número de indoeuropeístas españoles ha crecido considerablemente en relación con la primera fase, y sus numerosos méritos no cabrían en esta comunicación. Mencionaré brevemente algunas de las grandes figuras que han marcado la historia de nuestra lingüística, empezando por la de Antonio Tovar.

La personalidad de este filólogo, maestro de maestros, casi puede paragonarse a la de Menéndez Pidal. Su magisterio le llevó a enseñar en universidades tan prestigiosas como la de Salamanca, de la que fue rector, la de

Buenos Aires, la de Illinois en Urbana, y la de Tübingen (Alemania). Se dedicó con especial atención al estudio de los clásicos griegos y latinos, pero los historiadores de la lengua española lo conocen especialmente por sus aportaciones a la investigación de las antiguas lenguas prerromanas en la península Ibérica. Podemos destacar, entre sus libros, *El euskera y sus parientes* (1959) y *La antigua lengua de España y Portugal* (1961). Son libros de consulta obligada para todos aquellos que se ocupan de las antiguas lenguas que sirvieron de sustrato al latín hispánico. Pero su labor también ha interesado a los indoeuropeístas. En un artículo suyo publicado en Heidelberg⁵ revisa la teoría del lingüista alemán Hans Krahe, que analizó los casos de un antiguo sustrato indoeuropeo a partir de la hidronimia del viejo continente. Para Tovar, no todos los hidrónimos son de origen indoeuropeo puro, como sostenía Krahe, sino que algunos de ellos tendrían raíces de lenguas desconocidas incorporadas a un sistema indoeuropeo de derivación. Pone como ejemplo la raíz pre-indoeuropea **Kar(r)a*, que significa ‘piedra’, y que se puede encontrar en la lengua vasca (*h*)arri ‘piedra’, o en irlandés *carrac* ‘arrecife’. En Europa, Tovar localiza un total de veintiséis ríos con esta raíz, cinco de ellos en la península Ibérica.

Discípulo destacado de Antonio Tovar es Francisco Rodríguez Adrados, estudioso infatigable que casi no necesita presentación. Su obra abarca diferentes campos, como el de la lingüística, la literatura clásica y el folclore. En esta comunicación cabe destacar de él que fue uno los primeros lingüistas españoles que se sirvió del método estructuralista para la formulación de sus teorías. En el campo del indoeuropeo se le conoce sobre todo por desarrollar la ya tradicional teoría de las laringales, aumentándolas hasta un número total de seis, frente a las tres que se han contemplado normalmente. Es sin duda, una teoría polémica que no termina de ser aceptada, pero que muestra un esmerado esfuerzo por regularizar etimologías que no encajan con las formas comúnmente establecidas. Rodríguez Adrados ha formado a la actual generación de indoeuropeístas españoles, y podría decirse que ha creado escuela. A parte de Alberto Bernabé, que ha profundizado sobre todo en la lengua griega, tenemos que mencionar como importante discípulo de Adrados a Francisco Villar, que ocupa la actual cátedra de indoeuropeo en la universidad de Salamanca.

En su interesantísimo libro *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Villar vuelve a estudiar la presencia de los pueblos indoeuropeos en la península Ibérica y destaca la presencia de algunos hidrónimos de origen indoeuropeo que aparecen en el levante y sur español, es decir, en territorios que nunca estuvieron poblados por los celtas. Es evidente, por tanto, que antes de la llegada de este pueblo, hubo otros de origen indoeuropeo habitando este suelo. *Páramo* sería un ejemplo de palabra que se ha conservado de este antiguo sustrato, puesto que en la lengua celta no se esperaría la vocal /a/, sino la /o/, ni tampoco la /p/ en inicio de palabra, pues en dicha posición desaparece siempre. Estos primitivos pueblos indoeuropeos solo nos han dejado evidencias lingüísticas, ya que desaparecieron sin dejar rastro, sin duda por la llegada y la invasión de los pueblos iberos. Los conocemos gracias sobre todo a su vocalismo, que Villar ha estudiado con sumo cuidado, formulando una teoría realmente atractiva y factible.

⁵ Tovar, 1977.

Con Francisco Villar terminamos la primera parte de esta comunicación. Trataremos ahora problemas concretos de la historia de nuestra lengua que no pueden ser resueltos remontándonos al latín, sino dando un paso más en el tiempo, hasta llegar a los cimientos mismos de nuestra lengua.

2. Algunas aplicaciones prácticas del indoeuropeo para la comprensión del español

Al comienzo de nuestra comunicación, hacíamos referencia a la crisis en la que estaban envueltos los estudios de indoeuropeo. Y es que a muchos les puede asaltar la siguiente pregunta: ¿Qué utilidad puede tener hoy esta disciplina? Nosotros creemos que el indoeuropeo aún puede ofrecer respuestas a problemas lingüísticos actuales. A continuación daré algunos ejemplos.

Una de las ventajas de investigar una lengua diacrónicamente es que permite ver regularidad allí donde en apariencia tenemos formas irregulares. Así, un extranjero que estudia español podría pensar que el verbo *tener* es un verbo irregular por poseer dos raíces en su forma de presente: *ten-* (*ten-emos*), *tien-* (*tienes*). Sin embargo, cualquier historiador de la lengua española sabe que en realidad solo existe una raíz (*ten-*) cuya vocal diptonga cuando es portadora del acento. Veamos ahora un caso más complejo. Todos nos hemos preguntado alguna vez cuál es la verdadera raíz del verbo *ser*. Este sí parece un auténtico verbo irregular, pues es prácticamente imposible distinguir la raíz de la propia desinencia. Sin embargo, también el verbo *ser* es perfectamente regular desde un punto de vista diacrónico, y el profesor que aspire a explicar de forma completa el funcionamiento de su lengua deberá conocer el mecanismo de un verbo tan importante como este, que comparten todas las lenguas indoeuropeas. Sin duda estamos ante uno de los verbos más antiguos y arcaicos que se conocen. Debido a esta antigüedad, el verbo *ser* en su conjugación llegó al latín bastante evolucionado, de modo que en castellano hemos heredado también sus formas irregulares.

Pues bien, gracias a la comparación con otras lenguas indoeuropeas podemos estar seguros de que el verbo *ser* tenía la raíz dilítera **es-*⁶. Sabemos también que en esta conjugación existía lo que se conoce como una alternancia vocálica. Cuando a la raíz le seguía la desinencia de plural, la vocal /e/ desaparecía, quedando solo la forma en grado cero *s-*. Por analogía, y para evitar cambios fonéticos “peligrosos”, la raíz *s-* pasó en latín a la primera persona del singular. Así pueden explicarse formas como **(e)somi > sum* y **(e)somos > sumus* (resulta llamativo lo caprichosos que resultan a veces los cambios fonéticos, pues en latín arcaico **somos* coincide con la forma actual del castellano). **Somos* se puede analizar además como una aglutinación de desinencias, aunque Adrados no está de acuerdo con este tipo de aglutinación: la *-m-* y la *-o-* son marcas en la conjugación indoeuropea de la primera persona; la *-s* final sirve para caracterizar al número plural.

Cuando la desinencia era de singular, la raíz conserva su vocalismo *e-*. Por eso tenemos las formas *es-s > es*; *es-t;* (pero *es-tis* por analogía con la segunda

⁶ Para ver con más detalle la formación del verbo *ser* en la lengua latina, puede consultarse Monteil (1992: 323).

persona del singular). ¿Qué le ocurre a este verbo, sin embargo, cuando se conjuga en futuro o en pasado, donde no hay ni rastro de la *-s*? La respuesta es muy sencilla. Cuando la *-s* va en posición intervocálica se produce un fenómeno que se da en otras lenguas y que es conocido con el nombre de rotacismo. Este hecho consiste en una sonorización de la *-s-* que evolucionó a /z/ y finalmente acabó transformándose en la vibrante /r/. El futuro del verbo *ser* se formaba añadiéndole a la raíz la antigua desinencia de optativo *-i-* más las marcas personales. De ese modo conseguimos la segunda persona **es-is* que evoluciona a *eris*, y que luego servirá para formar la segunda persona del presente *eres*. Lo mismo le ocurre a las formas del pasado. Estas se formaban con una desinencia *-a-*, de modo que tenemos **es-a-m > eram > era; *es-a-mos > eramus > eramos*, etc. Así, de una forma tan sencilla, y con unas pequeñas nociones de indoeuropeo, podemos comprender perfectamente una conjugación en apariencia tan caótica e irregular como es la de nuestro verbo *ser*.

Continuando con los verbos, podemos comentar, entre otras muchas cosas, un aspecto muy interesante, a saber, la formación del pretérito imperfecto, que apenas ha cambiado en castellano con respecto al latín. Y es que parece que una forma como *amabam* no se creó como sintética, sino analítica. Es lo mismo que le ocurre a nuestro tiempo de futuro, que comenzó formándose con el verbo en infinitivo más el verbo auxiliar apocopado: *amar + ha > amará*. La forma *amaba* parece seguir en sus comienzos un proceso análogo. Debido a que la segunda /a/ es larga en latín, parece que tras ella han desaparecido algunos fonemas. La hipótesis más verosímil, aunque no aceptada por todos, es que el pretérito imperfecto se formara con el verbo en participio de presente, más la raíz *bho* (otra raíz del verbo *ser*, que es la que presenta el inglés en su infinitivo: *to be*). Tendríamos por tanto *amans + bha + m > amabam > amaba*. Lo que esto revela es algo significativo: parece que es un fenómeno corriente el hecho de que las formas sintéticas aparezcan más tarde que las formas analíticas, y casi siempre como una derivación de ellas.

Dejando el mundo de los verbos, que podía dar para mucho más, vamos a centrarnos en cuestiones de léxico. La lingüística indoeuropea nos permite ser más conscientes del gran patrimonio común que tenemos con otras lenguas. No estaría mal que se dedicara más atención en nuestras universidades a ver las coincidencias del léxico patrimonial con el resto de lenguas europeas, como hacen en universidades de ámbito eslavo. Ahora que todos estudiamos lenguas extranjeras, sería mucho más fácil adquirir vocabulario conociendo tan solo superficialmente la historia de nuestras palabras. Al fin y al cabo, las lenguas más importantes y extendidas del planeta son todas de origen indoeuropeo, y conocer sus orígenes puede suponer un gran adelanto a la hora de aprenderlas. ¿Acaso no se dice que quien sepa latín puede dominar con mucha más facilidad cualquier lengua románica? Eso sí, no estoy proponiendo para el filólogo un estudio exhaustivo del indoeuropeo, que le llevaría a aprender lenguas tan dispares como el sánscrito, el hetita o el antiguo germánico. Lo que quiero decir es que deberían tenerse ciertas nociones básicas de indoeuropeo para conocer los fundamentos más profundos de las lenguas que nos rodean, incluyendo la nuestra propia.

Si nos olvidamos de los préstamos lingüísticos que a lo largo de los siglos han ido pasando de unos países a otros, puede sorprendernos el parentesco de

muchísimas palabras que en apariencia no tenían nada en común. Si nos dicen, por ejemplo que la palabra inglesa *crown* está relacionada con *corona*, no debería extrañarnos en absoluto, pues se trata de un préstamo latino a través de la lengua normanda. Sin embargo, llama la atención saber que el verbo español *seguir* está emparentado con el verbo *ver* en inglés y en alemán (*see* y *sehen* respectivamente). Estos verbos proceden de la raíz indoeuropea **sek*“, que significa ‘seguir’, y que en antiguo germánico pasó a significar ‘seguir con la mirada’. Lo mismo nos ocurre al descubrir la relación existente entre *fracción* o *fractura* (del latín FRANGO) y el verbo inglés *break*, con un significado muy parecido. La raíz de la que parten es **bhreg*, que también es el origen de las palabras *bregar* y *brecha*.

Los avances metodológicos del indoeuropeo permiten descubrir también los significados “embrionarios” de muchas de nuestras palabras, un significado nuclear que a menudo es aprovechado con fines literarios. No hay nada como revestir a un término con su antiguo significado para salvarlo del desgaste continuo que supone su uso. La palabra *idea* tiene la raíz **weid*, que significa ‘ver’, por lo que podemos imaginar que los antiguos concebían las ideas como objetos que eran vistos por la mente. También sabemos que esa criatura fantástica que ha popularizado Tolkien y que desde antiguo se conoce con el nombre de *elfo* procede de la raíz **albh*, que significa ‘blanco’ (igual que el adjetivo latino *albus*). Gracias a este dato podemos saber que los elfos eran concebidos por los primitivos germanos como espíritus o fantasmas blancos que habitaban los bosques.

En la historia del español se han ido formando una serie de dobletes compuestos por una palabra culta y otra patrimonial. Es lo que pasa por ejemplo con *cátedra* y *cadera* o *fastidio* y *hastío*. Si a nivel del latín se pueden crear dobletes, ¿por qué no con palabras indoeuropeas? Resulta enriquecedor agrupar palabras con igual etimología: así tenemos que *máquina*, palabra procedente del griego, *mago*, de origen persa, y *desmayar*, procedente del francés medieval *esmaiier*, que a su vez lo toma del latín vulgar *desmagiare*, poseen todos el mismo origen etimológico con la raíz **mag*, que significa ‘tener fuerza’. Otros ejemplos curiosos pueden ser el de *bedel* y *buda*, ambos con la raíz *bheudh*, que significa ‘ser consciente de’, ‘saber’, y también *espía* y *espejo*, cuya raíz **spek* significa ‘observar’. Lo cierto es que descubrir el parentesco escondido de las palabras es una actividad fascinante y a la vez formativa, pues las palabras parecen ganar así matices y significados que antes pasaban desapercibidos. A propósito de todo esto, no quisiera terminar sin una mención al *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española* (1996) de Edward A. Roberts y Bárbara Pastor. Para todos aquellos amantes de la etimología y de la historia de las palabras, este diccionario es una obra imprescindible que puede leerse desde la primera hasta la última página. Está dividido en tres partes. Es recomendable empezar por la última, pues en ella se contiene la lista de todas las palabras españolas con sus correspondientes raíces indoeuropeas. Una vez conocidas estas, se busca en la primera parte, donde se organizan por orden alfabético. Aquí hallamos una gran cantidad de información, como el significado de la raíz, una serie de ejemplos con palabras en multitud de lenguas indoeuropeas, y finalmente la lengua originaria de la que tomó el español la palabra en forma de préstamo. Muchas veces se nos informa incluso de los cambios semánticos que sufrió una palabra en un determinado período de tiempo, y también se nos dice su trayectoria hasta llegar al español. Es lo que

puede comprobarse de forma rápida en la segunda parte del diccionario. Aquí se ordenan las palabras según la lengua de origen. Por ejemplo, podemos ver que la palabra *eslogan* es de origen céltico, pero que nos ha llegado por vía del inglés.

Para la transcripción fonética de las raíces indoeuropeas se ha seguido el sistema consonántico tradicional, evitando el uso de laringales, que podría desorientar bastante a los que no conocen en profundidad las teorías lingüísticas indoeuropeas, aunque sí se ha trascrito la vocal muda conocida como *schwa indogermanicum*. Tan solo echamos de menos en este diccionario una tabla sinóptica donde el lector no iniciado pudiera apreciar de un vistazo el paso de las consonantes y las vocales indoeuropeas a las formas que presentan las lenguas históricas. Con una ayuda así el usuario podría comprender mejor cómo de la raíz **dhe* ‘colocar’ surgen palabras como en griego *tesis*, y en latín, *facio* y *sacerdotem*, todas ellas emparentadas con el verbo inglés *to do*.

Nada más. Espero con esta comunicación haber mostrado con claridad el apasionante mundo del indoeuropeo y su conexión con nuestra lengua. Y es que pienso con Aristóteles, que «nadie sabe de alguna cosa, sino cuando conoce sus primeros principios y primeras causas, hasta llegar a los elementos» (*Phys*, 184).

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ PEDROSA, J. A. (1994): «La lingüística indoeuropea en España hasta 1930», *Revista Española de Lingüística* 24, 1, 49-67.
- BÉCQUER, G. A. (1993): *Desde mi celda*, Madrid, Castalia.
- MONTEIL, P. (1992[1973]): *Elementos de fonética y morfología del latín*, traducción, introducción, notas suplementarias y actualización de la bibliografía de C. Fernández, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, manuales universitarios.
- ROBERTS, E. y PASTOR, B. (1996): *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid, Alianza Diccionarios.
- SAUSSURE, F. de (1876): *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indoeuropéennes*, Leipzig.
- TOVAR, A. (1977): «Krahes alteuropäisch Hydronimie und die westindogermanischen Sprachen», Heidelberg.
- VILLAR, F. (1991): *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid, Gredos.